

De rerum natura y la búsqueda

Hajduk, T.

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Hajduk, T. (1991). De rerum natura y la búsqueda. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 141-147. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51589>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Le llamo flores y árboles y montes y luz de la luna;
porque si él se hizo, para que yo lo vea,
sol y luz de la luna y flores y árboles y montes,
si se me aparece en figura de árboles y montes
y luz de luna y sol y flores,
es que quiere que le conozca
como árboles y montes y flores y luz de luna y sol.

Y yo le obedezco por eso
(¿qué más sé yo de Dios que Dios de sí mismo?),
le obedezco viviendo, espontáneamente,
como quien abre los ojos y ve,
y le llamo luz de luna y sol y flores y árboles y montes,
y le amo sin pensar en él,
y le pienso viendo y oyendo
y ando con él a todas horas.

Pensar en Dios es desobedecer a Dios,
porque Dios quiso que no lo conociésemos,
por eso no se nos mostró...

Seamos sencillos y pacíficos,
como los regalos y los árboles,
y Dios nos amará haciéndonos bellos como los árboles y los regalos,
y nos dará verdor en su primavera,
¡y un río donde estar cuando acabemos!...

Desde mi aldea veo cuanto del Universo se puede contemplar desde la tierra...
Pro eso es mi aldea tan grande como cualquier otra tierra,
porque yo soy del tamaño de lo que veo
y no del tamaño de mi estatura...

En las ciudades, la vida es más pequeña
que aquí en mi casa en lo alto de este otero.
En la ciudad, las casas grandes encierran bajo llave a la mirada,
esconden el horizonte, empujan a nuestra mirada lejos de todo el cielo,
nos vuelven pequeños porque nos quitan lo que pueden darnos nuestros ojos,
y nos vuelven pobres porque nuestra única riqueza es ver.

Fernando Pessoa, *El poeta es un fingidor*,
Madrid, Espasa Calpe, 1983.

DE RERUM NATURA Y LA BUSQUEDA

T. Hajduk

Al dirigir nuestra mirada al universo físico chocamos con la enormidad del espacio y de su duración que nos aplasta y nos impone una impresión de nuestra insignificancia. Al estudiar el espacio-tiempo, el nacimiento y los ciclos vitales de las estrellas, las

fanáticas peculiaridades y transformaciones de los cuerpos celestes, nos sobrecogen sus dimensiones y rasgos que rebasan todo lo imaginable. Nuestra experiencia se muestra totalmente inadecuada e insuficiente para darnos imágenes inteligibles de la estructura y de las transformaciones del universo. Cuanto más avanza nuestro conocimiento del mismo, tanto más evidente se hace cuán remoto es el logro de su meta. De hecho, esta meta parece ser, frente al misterio cada vez más profundo que descubrimos, menos alcanzable. Hoy es tan actual como siempre la frase de Goethe, escrita hace más de un siglo y medio: *Lo enorme —en sentido inmensurable— acaba por ser sublime; excede nuestra facultad de comprensión.*

Al dirigir nuestra mirada hasta lo inconmensurablemente pequeño, descubrimos en la materia otro universo: viviente, pulsante, en continua actividad y transformación. Vemos como algunas de sus partículas elementales están sometidas a un proceso de continuas transformaciones y cambios. Sus propiedades no corresponden ya más al concepto clásico de pequeños elementos inertes e invariables de la materia. Las concebimos como condensaciones locales de un fluctuante campo cuántico; no tanto objetos estáticos, como configuraciones dinámicas o procesos que involucran la presencia de energía que se manifiesta como masa.

En los procesos de colisiones atómicas observamos la creación de nuevas partículas de la energía pura o una interacción dinámica entre ellas, en la cual las partículas son continuamente creadas o destruidas en una incesante variación de las configuraciones energéticas. En el *diagrama del vacío* observamos como el vacío viviente genera de la nada y posteriormente destruye las partículas *virtuales*. Los núcleos de los átomos se parecen a diminutas gotas en violenta ebullición; y sus nucleones son centros de una intensa actividad, rodeados por verdaderas nubes de partículas virtuales. Todo el universo se manifiesta empeñado en un perpetuo movimiento y actividad: una continua danza cósmica de creación y destrucción.

El cambio y la transformación se demuestran como aspectos primarios de la naturaleza; sus estructuras como aspectos secundarios. La física moderna no considera el universo como una colección de objetos físicos, sino como un conjunto complejo y dinámico de múltiples relaciones.

Estas relaciones parecen llevarnos de vez en cuando a conclusiones opuestas y paradójicas que debemos superar con la ayuda del principio de complementariedad de Bohr: *contraria sunt complementa*; el principio que reconoce ante todo la inevitable parcialidad de nuestras imágenes de la realidad. Surge una visión nueva, parecida —no obstante— al antiguo *Logos* de Heráclito: una unidad que contiene y trasciende a todas las fuerzas y aspectos opuestos.

Se hace manifiesto el carácter orgánico del mundo y se manifiesta imprescindible el punto de vista que subraya la unidad esencial de todas las cosas y fenómenos. Esta visión propuesta en nuestro siglo primero por Alfred Whitehead, es esencialmente similar a la antigua imagen del universo de Anaximandro: el universo es una especie de organismo animado y sostenido por *pneuma* —por un aliento cósmico.

A todos los objetos y fenómenos físicos subyace una fundamental unidad o entidad; ellos constituyen solamente sus manifestaciones transitorias.

Ambos universos: el inmenso macro-universo y el inconcebible micro-universo de la materia superan totalmente nuestra capacidad de comprensión directa. Permiten tan sólo acercarnos a su parcial entendimiento a través de las metáforas de formulaciones matemáticas altamente complejas y abstractas. Obligan a nuestra razón a adoptar una postura sumisa frente al misterio que se manifiesta tan insondable en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande.

Y como antes a Newton, en este siglo llevan a Einstein a concluir que es necesario “adoptar la humilde actitud ante la grandiosidad de la razón encarnada en la existencia, que en su abismo más profundo es inaccesible al hombre”.

Mayor todavía es el misterio que rodea al mundo viviente.

El método analítico —tan eficiente en las ciencias físico-químicas en los siglos pasados— se demuestra inadecuado al tratar los organismos vivientes. No constituyen ellos simples agregados de partes componentes, sino sistemas complejos con leyes propias de nivel superior de organización que rigen, con cierta evidente finalidad, la vida del conjunto. Estas leyes, no derivables de las características de las partes componentes del conjunto —tema que se tratará adelante—, revelan el error del método que intenta explicar enteramente lo superior con lo inferior.

El estudio del mundo viviente nos sorprende, además, revelando la tendencia evidente en la naturaleza de crear organismos cada vez más complejos, perfectos y estadísticamente menos probables, calificada de vez en cuando como *entropía negativa*. Esa tendencia va acompañada por otra característica que hace a los organismos vivientes tan distintos de los cuerpos inanimados: su alta finalidad y adaptabilidad a las condiciones cambiantes de vida. El empuje de lo viviente y la increíble adaptabilidad de los organismos parecen ser la consecuencia de un imperativo *a priori*: de conservar y extender la vida de la especie; todo está sometido a la finalidad implícita en el mismo. Este imperativo, no existente en el mundo inanimado, es propio al nivel superior de organización de lo viviente.

No existe un rincón de la tierra sin vida. Por doquier ella aparece: libre, espontánea y creativa. Toda la naturaleza está pervadida por un *élan* vital, creatividad impredecible, libre emergencia o surgimiento de nuevas formas. Todo el mundo atestigua las obras de una inmensa, indomable energía creativa. *El origen de las especies* de Darwin termina así: “Hay una grandeza en esta visión de la vida, con sus potencias, originariamente insufradas por el Creador en unas pocas formas, o acaso en una sola; y esto... desde un comienzo tan simple hasta las más hermosas y admirables formas sin fin, que han ido y van resultando por evolución”.

Con el paso del tiempo conoceremos en forma más completa los mecanismos en los cuales se basa el desarrollo evolutivo de tantas formas de vida. Pero la misma existencia de la prolífica e indómita energía creadora es un *datum* absoluto e irreductible, de una significación metafísica esencial.

Esta significación se amplía y profundiza al observar que la energía creadora actúa en la evolución en determinada dirección. El surgimiento de nuevos y más complejos seres vivientes está acompañado por el desarrollo cada vez mayor de las capacidades de percepción, regulación y acción: evoluciona una admirable capacidad de esos organismos, de adaptarse a las variables condiciones ambientales y su poder de autorreparación y regeneración. Se desarrolla un sistema nervioso cada vez más complejo y perfecto. Finalmente aparece la conciencia y la capacidad de reflexión.

La proto-conciencia se manifiesta ya en formas bajas de vida. Todo parece indicar que la conciencia es una cualidad en paulatino y gradual surgimiento que se sitúa en la cumbre del desarrollo evolutivo. Atestigua la existencia de otra tendencia esencial que Teilhard de Chardín describe en *El fenómeno humano* con estas palabras: “Del átomo a la célula, de la célula al animal pensante, se prosigue en idéntico sentido el mismo proceso; la evolución es una marcha ascendente hacia una mayor conciencia”.

Con la aparición del hombre y de su poder de reflexión, brota una nueva y esencial dimensión en el mundo. La capacidad humana de reflexión y de pensamiento ha cambiado la faz de la tierra. Sus frutos dan testimonio de la cada vez mayor

dominación de lo exterior por lo interior: por lo más complejo y de un nivel superior de organización.

Pero pese a este hecho, en nuestra civilización occidental y en la ciencia particularmente, toma lugar una paulatina erradicación de la consideración de lo interior o espiritual del hombre. Primero se establece una falsa dicotomía cartesiana entre el cuerpo y la mente o entre lo material y lo espiritual. Posteriormente, debido a un gran progreso en el conocimiento de lo material y exterior alcanzado por el método científico, se impone el modo de ver y explicar las cosas propio a este método. Ese modo eminentemente racionalista y que establece principalmente relaciones exteriormente observables, implícitamente elimina la consideración de lo interior, menos racional y más oscuro.

En consecuencia, en la ciencia, a lado de un imponente despliegue de conocimiento relacionado con lo que, desde el punto de vista humano, es exterior o superficial, prevale un gran desconocimiento de lo interior y profundo. Lo que es relacionado con el nivel del ser propiamente humano y toda mención de lo espiritual o metafísico está sometido a una omisión sistemática. La conciencia nuestra: el mayor de los misterios, íntimamente humanos, es tratada por algunos como un epifenómeno; tienden a negar su existencia real. La separación cartesiana del cuerpo y alma y la posterior omisión o supresión de la segunda parte de esta pareja, causa un destierro total de la finalidad intrínseca que observamos, en distinta medida, en todos los seres vivientes. La finalidad, la voluntad y toda las manifestaciones de la libre actividad humana que emergen del hombre entendido como una entidad independiente del total determinismo mecanicista, quedan suprimidas y eliminadas del cuadro que pretende enfocar "objetivamente" nuestra realidad.

Es necesario ver en toda su dimensión y monstruosidad la miope distorsión de esa parte de la realidad que más nos concierne a nosotros en cuanto no somos máquinas, sino seres humanos.

Carl Jung veía claramente el absurdo de un punto de vista científico-materialista de tratar la conciencia o la psique humana como un epifenómeno: "La psique no se encuentra allí donde la busca el entendimiento miope. Existe, pero no en forma física. Y es un prejuicio casi ridículo suponer que la existencia no puede ser sino corpórea. De hecho, la única forma de existencia de la que poseemos conocimiento inmediato, es psíquica. Idéntico derecho nos asistiría si, a la inversa, dijéramos que la existencia física es una mera inferencia, pues sólo entramos en conocimiento de la materia en la medida en que percibimos imágenes transmitidas por los sentidos".

Junga señala también las razones de semejantes prejuicios y propone una visión más amplia:

"Si fuéramos conscientes del espíritu de nuestro tiempo, conoceríamos la causa de nuestra inclinación a explicar todo en los términos de la causación física; sabríamos que esto se debe al hecho que, hasta hace poco, se trataba de explicar demasiadas cosas en los términos del espíritu. Al darnos cuenta de eso, adoptaríamos de inmediato una actitud crítica hacia nuestro perjuicio. Diríamos: probablemente ahora cometemos un error igualmente serio, pero de signo opuesto. Nos engañamos pensando que sabemos mucho más sobre la materia que sobre la mente 'metafísica' y así sobreestimamos la causación física y creemos que únicamente ella nos ofrece una verdadera explicación de la vida. Pero la materia es tan inescrutable como la mente. (Así) podríamos quizás atrevernos a considerar la posibilidad de una 'psicología con alma' —o sea, un campo de estudio basado en la premisa de un alma autónoma. No debe inquietarnos la falta de popularidad de tal empresa, pues postular la mente no es más fantástico que postular

la materia. Como literalmente no tenemos ni idea del modo en que lo psíquico surge de los elementos físicos y no obstante no podemos negar la realidad de los acontecimientos psíquicos, estamos libres de establecer nuestras premisas por una vez en forma opuesta, y mantener que el alma parte de un principio espiritual, que es tan inaccesible a nuestro entendimiento como la materia. Desde luego, esto no será psicología moderna, pues ser moderno implica la negación de tal posibilidad. Para mejor o para peor, pues, tenemos que volver a las enseñanzas de nuestros antepasados, pues ellos han hecho tales premisas. Según el antiguo juicio, el espíritu era esencial para la vida del cuerpo: un aliento de vida o una especie de fuerza vital que tomaba forma espacial y corpórea en el nacimiento o después de la concepción y abandonaba al cuerpo después del último hálito de la muerte. Este espíritu en sí mismo no tenía extensión y como existía antes de tomar la forma corpórea, como también después, era considerado eterno o sea, inmortal”.

Lo inconcebible y grandioso del universo físico, la increíble energía creadora, y la perfección y finalidad manifiesta en la vida orgánica, y finalmente, lo profundo, enigmático y desconocido de la mente y de la psique humana, nos sobrecogen señalando el inmenso abismo del misterio encerrado en todo lo que nos rodea y en nosotros mismos.

Al fondo de todo nuestro conocimiento subyace una enorme ignorancia. Se nos escapan la esencia y el sentido, tanto al nivel más hondo de la materia, como al nivel superior de la psique humana. Podemos a lo sumo vislumbrar —según la expresión de Kant— “el tesoro yacente de las representaciones oscuras, que constituye el profundo abismo del conocimiento humano, al que no podemos llegar”.

La mente del hombre siente la inquietud y el deseo de aprehender la verdadera sustancia de la realidad y superar sus múltiples y contradictorias manifestaciones en una concepción o imagen sintética de una sola y coherente unidad de todo lo existente. Se esfuerza en su búsqueda perenne; y se torna lo suficientemente receptiva para suceder que el hombre contemplando el mundo “se hunde y se abisma” —escribe Schleiermacher— “en la vida total del cosmos y en la realidad de la naturaleza... se abre, se entrega y se sumerge en la impresión del universo... y tórnase capaz de experimentar y vivir... intuiciones y sentimientos de algo que... lo excede y sobrepasa. En lo temporal aprehende algo eterno... y en lo empírico halla un fundamento un sentido supra-cósmico de las cosas. Son vislumbres de un misterioso mundo de sugerencias”.

Esta aventura del espíritu humano lo lleva a intuir el contenido religioso de la realidad y dar una visión de su fondo —de un *Urgrund* que —según la frase de Whitehead “está lejos, detrás y dentro del flujo pasajero de las cosas inmediatas”. Para Teilhard de Chardin, como para todo espíritu humano crítico, este contenido religioso “debe dar un sentido total al universo... bajo su luz el mundo debe revestir un máximo de coherencia ante nuestra inteligencia... Creer es llevar a cabo una síntesis intelectual”.

Para llegar a tal síntesis el hombre no debe buscar en la religión la seguridad y protección ante todo, sino su religión debe ser una relación completa, no coartada hacia la realidad entera. Es parcial y queda siempre expuesta a negación una religión que elige de la realidad sólo los aspectos reconfortantes y hace caso omiso del problema del mal existente en el mundo y de los terribles conflictos y sufrimientos a los cuales está sometido el ser humano. Su fe debe ser “un adentramiento en la realidad, un adentramiento en toda realidad, sin reducciones ni cortapisas”.

La idea de Dios concebida dentro de tal descripción correspondería a la descripción

de Cohen: "Llamamos Dios a una idea, entendiendo por ello el centro de todas las ideas, la idea de la verdad".

Pero es solamente intelectual el carácter de la síntesis que logramos en la visión religiosa. Pues el hombre sometido a experimentar ansiedades, sufrimientos y angustias, trata de encontrar algún sentido a su existencia. Constituye una característica humana esencial el conocimiento de la inevitabilidad de nuestra muerte y la conciencia de que nuestra existencia es transitoria. A su breve duración se refiere en forma sublime y poética la oración hebrea del Año Nuevo al comentar la vida del hombre: "Formado del polvo, volviendo al polvo. Como un cuenco roto y como pasto reseco, como flor marchita y sombra fugaz, una nube efímera, un aliento moribundo, polvo voladizo y sueño que se esfuma".

Kierkegaard escribe sobre la angustia ante la nada, sobre la angustia a la hora de la muerte, cuando la nada nos mira fijamente. Y Heidegger, el sucesor en su filosofía, critica la vida banal que allana todo y suprime en una palabrería vacía lo inquietante y misterioso; y que esquiva la muerte misma disimulándola, convirtiéndola en una ceremonia, en un acto social. La existencia banal busca la seguridad, la tranquilidad y desvía al hombre de la angustia que está en la esencia misma de su ser.

"Antiguamente uno sabía que llevaba su propia muerte como un fruto su carozo. Esta conciencia le daba a uno una dignidad singular, un orgullo silencioso".

Hoy día se practica de preferencia la huida de todo lo que puede angustiarnos, de los problemas profundos de nuestra existencia, del esfuerzo de llegar a una síntesis religiosa. Esta huida hasta una vida banal "se convierte... en un sometimiento al fastidio de los sucesos triviales, en dar su acuerdo a una eterna distracción, una aceptación de la vida que se desliza en una sucesión de acontecimientos que todos se agotan en sí mismos...; en un miedo frente a la pregunta sobre la causalidad del mundo; busca medios para suprimir este miedo; no puede ser libre de autoengaño".

Únicamente una visión plena y no deformada de toda la realidad, que abarca lo "bueno" y lo "malo", lo material y lo espiritual, lo "bajo" y lo "alto" puede darnos una fe o una síntesis capaz de unificar las contradictorias manifestaciones de esa realidad tan compleja y soportar los embates de la vida.

La fe en la ciencia, tan dominante en los últimos cien años, ha reemplazado en gran parte las creencias religiosas. Sus triunfos han contribuido a imponer un punto de vista de la ciencia clásica, muy segura de sí misma, que elimina la consideración de los problemas y experiencias que no se prestan al estudio con su método. Pero la ciencia examina una parte sola de la realidad y nos da una imagen parcial, distorsionada, pobre y desoladora cuando pretende dar respuestas a las preguntas realmente importantes en nuestra vida. La vida civilizada —escribe Whitehead— se basa en la concepción de un orden universal del mundo hecho de propósitos, de finalidades, de valores, cosas que no tienen cabida en la visión científica prevaleciente.

En su "Presencia de mito", Kolakowski escribe sobre nuestra "ansia de encontrarnos en un mundo organizado... y acertarnos dentro de un orden de valores definido... Cuando vivimos en distintas situaciones y experiencias y les asignamos ciertas valoraciones, las vivimos como partes de esa realidad, que trasciende absolutamente la totalidad de la experiencia posible. La conocemos como precedente a toda experiencia, toda historia, toda humanidad, toda vida personal, toda co-existencia social de los hombres... (por lo tanto resulta) absurdo un mundo relativo considerado como realidad autosuficiente".

El hombre anhela una base no relativa y busca lo trascendente y su salvación en la

trascendencia. Desea saber, en palabras de M. Buber, "qué es él 'en verdad', qué está destinada a ser su única no repetible existencia".

Sea por su necesidad de comprender, de llegar a una síntesis intelectual unificadora, sea por la necesidad de encontrar respuesta a los profundos problemas de su existencia y de su angustia existencial, los hombres buscan lo Absoluto. Para algunos esta búsqueda es lo más importante en su vida. Pues "sólo en la unidad espiritual con el Ser infinito puede dar el hombre significado a su vida... la perfecta visión del mundo es necesariamente mística".

Tadeusz Hajduk, *Notas de una búsqueda perenne*,
Buenos Aires, E. Hastinapura, 1985.

